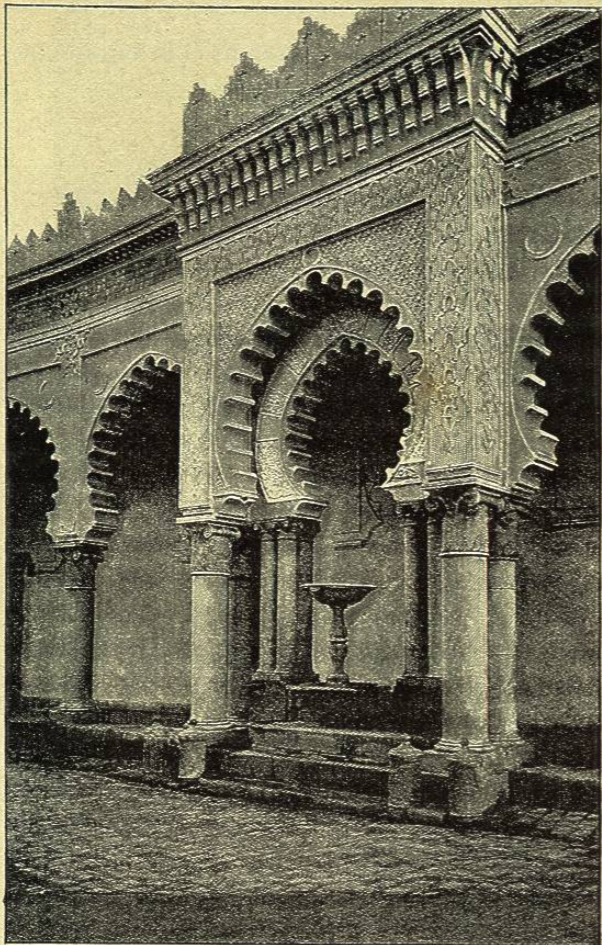


que llevaba el personaje en ella enterrado. La construcción es del siglo xv, siendo elegante, aunque sin sello original.

Mezquitas de Marruecos.—Posee este país



Fachada de la mezquita Djama-el-Kebir, en Argel.—De fotografía

muchas mezquitas bellas, entre las cuales las de Muley Edris y de Elkarum, en Fez. La última, que todavía es celeberrima en toda el Africa, consta de 270 columnas y de 16 naves de 20 arcadas cada una. Ningún Europeo puede entrar en ella bajo pena de la vida.

La mayor parte de las mezquitas de Marruecos están construídas por los planos de las del Africa septentrional, teniendo como estas, minaretes cuadrados, que es una forma muy poco usada en Egipto.

Fuera de un corto número de mezquitas, apenas se halla monumento alguno árabe que sea notable en Marruecos. En cambio se ve allí costumbres, trajes y un panorama oriental que sería difícil hallar en otra parte. Para tener una idea de la vida de los Arabes en tiempo de los califas es necesario ir con preferencia á Marruecos. Las grandes ciudades semi-europeas de Argel y de Siria, excepto Damasco, no podrían dar sino una idea muy incompleta de ello; y como el viaje es fácil, lo recomiendo á todos los artistas. En pocos días de camino de hierro se atraviesa de arriba á abajo toda Francia y España; se toma el vapor en Málaga, y se arriba á Gibraltar, ciudad inglesa de una fisonomía monótona y triste. Pero el viajero que guste de lo pintoresco, no sentirá hallarse allí con la imagen de Inglaterra, porque el contraste que verá, después de algunas leguas de navegación, al desembarcar en las costas de Marruecos en Tanger, ha de producirle un efecto inolvidable. Tanger, con sus blancas casas y azoteas, con su población abigarrada y sus bajás de sentencias sumarias, representa la vida árabe tal como se llevaba mil años atrás. Esa visión fantástica de mezquitas, de minaretes, de torres almenadas, de bazares de esclavos, de mujeres tapadas y de Arabes vestidos de colores chillones, que suscita la lectura de algunos capítulos de las *Mil y una noches*, se ve realizada de un modo mágico, al entrar en esta antigua ciudad, cuya fundación hace remontar la leyenda á Hércules, y que ya era célebre en tiempo del comendador de los creyentes, Harún-al-Raschid, el ilustre contemporáneo del gran emperador Carlomagno.

CAPITULO VI

LOS ÁRABES EN ESPAÑA

I

ESPAÑA ANTES DE LOS ÁRABES

Después de haber logrado expulsar á los Griegos, contener á los Berberiscos y terminar así la conquista de aquellas vastas comarcas de Africa que antiguamente fueron testigos de las

luchas de Roma y Cartago y de aquellas guerras en las cuales Masinisa, Yugurta y tantos hombres ilustres habían combatido, los Arabes pensaron en conquistar á España.

No tenía sólo por objeto esta nueva conquista agrandar su imperio, hartó vasto ya; sino que como los Berberiscos habían sido los más



Brazos de una cruz adornada de piedras preciosas, procedente de los Visigodos de Toledo (siglo séptimo)

encarnizados enemigos que debieron vencer, aunque á la sazón estuviesen sumisos, su bravura, carácter independiente y costumbres batalladoras les hacían temibles, y pareció muy político y hábil satisfacer sus instintos turbulentos, tomándolos por aliados en las expediciones guerreras.

Según Ibn Khaldun, la primera expedición que pasó el estrecho de Gibraltar y penetró en España no constaba más que de 12,000 combatientes, y casi todos Berberiscos.

Antes de contar de qué modo se hizo esta conquista echaremos una ojeada á la historia de España antes de la invasión mahometana, porque siempre es conveniente buscar en el pasado de los pueblos las causas de los sucesos presentes, y sólo la historia anterior de España puede darnos la explicación de que fuese conquistada en tan breve tiempo por los discípulos de Mahoma.

Habitada primero por Celtas, llegados de la Galia, y por poblaciones de origen mal conocido, como Ligurios é Iberos, España había recibido después varias colonias de Fenicios, Gri-

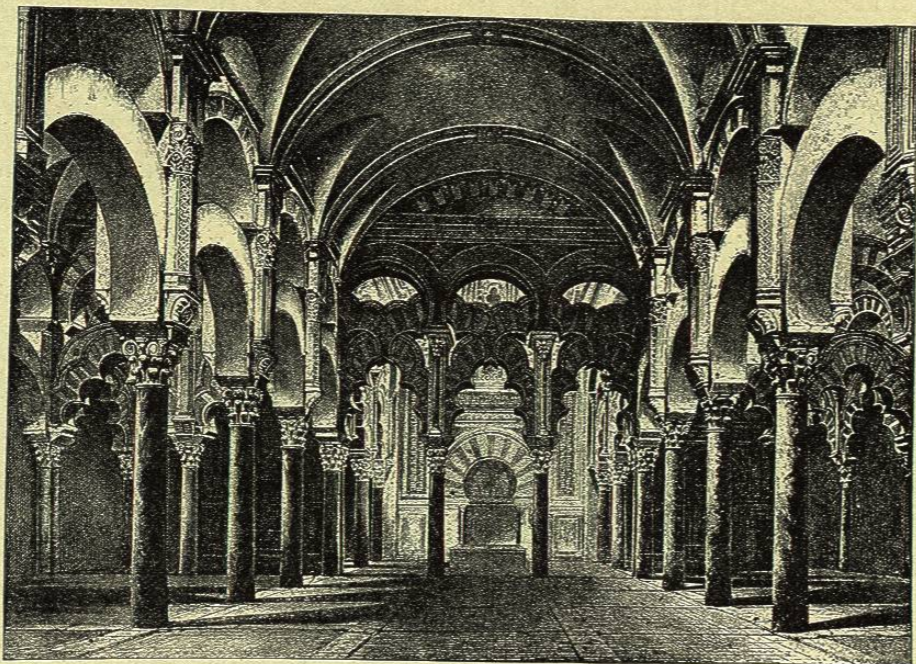
gos y Cartagineses. Llegaron los últimos á conquistar el país, y fundaron á Cartagena, sucursal de Cartago. Dos siglos antes de J.-C. la segunda guerra púnica les arrancó su conquista, en beneficio de los Romanos.

Poseyeron estos á España hasta el siglo quinto de nuestra era, y bajo su imperio se cubrió el país de ciudades florecientes, dando además á Roma hombres ilustres como Séneca, Lucano, Marcial, y los emperadores Trajano, Adriano, Marco Aurelio, Teodosio, etc.

Después de seguir á Roma en su época de grandeza, España tuvo también que seguirla en su decadencia. Cayeron sobre ella los bárbaros del Norte: Vándalos, Suevos, Alanos, etc., después de saquear las Galias; pero los vencieron los Visigodos, quienes se apoderaron de España durante el siglo vi, y todavía eran dueños de ella cuando desembarcaron los Arabes.

Los Visigodos se mezclaron rápidamente con el elemento latino que en España hallaron; adoptaron la lengua latina, y por haber renunciado á sus dioses, siguieron el culto cristiano, que era la religión del imperio. La civilización

latina había pues subyugado á estos bárbaros; los cuales, como los demás conquistadores del imperio romano, habían procurado asimilársela hasta el punto que su inteligencia lo hacía posible. Varios detalles prueban que se habían fusionado bastante íntimamente con el elemento latino que hacía tiempo ocupaba una parte del país: su código (*lex Visigothorum*) fué la ley de la España cristiana hasta mediados del siglo XIII. Cuando fueron repelidos á las montañas de Asturias por la invasión musulmana, se fundieron



Interior de la mezquita de Córdoba*

defender á sus señores, ni se exponía á nada cambiando de dominio, estaba dispuesta á recibir con indiferencia el de cualquiera. Poca cuenta pues debía hacerse de un ejército compuesto de semejantes elementos, y por desgracia de la monarquía visigoda tampoco podía ésta contar con la nobleza que mandaba á aquellos elementos. Como la monarquía goda era electiva, y los candidatos al trono numerosos, los partidarios de cada uno estaban siempre guerreando unos con otros, y despedazaban al país con sus disensiones.

Así pues al llegar los Arabes, la situación de la monarquía de los Godos era desesperada, á causa de las divisiones sociales, de las disensiones intestinas, de la falta de espíritu militar, y de la indiferencia de las masas, en las cuales la servidumbre de la gleba había extinguido el amor nacional. Tan grandes eran las rivalidades que desgarraban al poder, que dos grandes personajes españoles, el conde Julián y el arzo-

bispo de Sevilla, favorecieron la invasión de los Musulmanes.

II
ESTABLECIMIENTO DE LOS ÁRABES EN ESPAÑA

En el año 711 de la era cristiana, al empuñar el cetro de Damasco el décimo sucesor de Mahoma, los Arabes penetraron en España con un ejército de doce mil hombres.

Fácilmente se comprende, después de recorrer las fecundísimas provincias del sud de la península, las únicas que todavía son fértiles, la impresión que aquellos debieron sentir; pues tanto el clima y la tierra, como las ciudades y monumentos, todo les pareció maravilloso. En una carta dirigida al califa, el general del ejército árabe le describía el país del modo siguiente: «Es una Siria por la belleza del cielo y de la tierra; un Yemen por la templanza del clima; una India por sus flores y perfumes; un Egipto

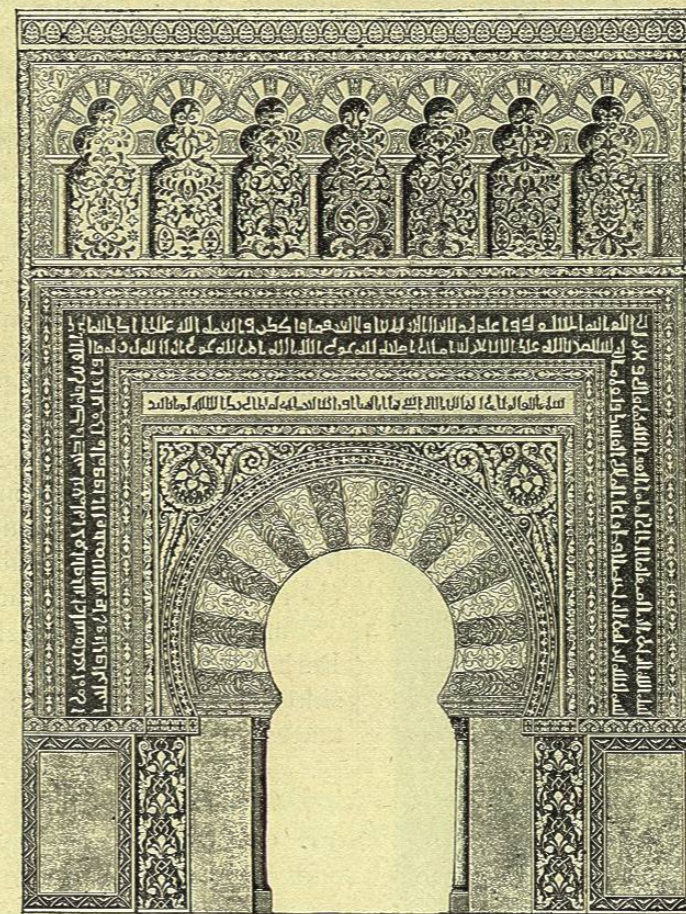
por la fertilidad, y una China por sus metales preciosos.»

Invadieron los musulmanes la costa de España por un sitio que después se llamó Gibraltar (Djebel Tarick), del nombre de su jefe Tarrick, lugarteniente berberisco del general árabe Muza.

Cincuenta años necesitaron los Arabes para

apoderarse del Africa berberisca; y les bastaron sólo algunos meses para conquistar toda la España cristiana. La primera batalla importante decidió de la suerte de la monarquía goda, la que perdió en ella el mismo día la España y su rey. El Arzobispo de Sevilla peleó allí como aliado de los Arabes.

Muza recibió la noticia de tan fácil triunfo



Fachada del Mihrab de la mezquita de Córdoba

con alguna sorpresa; pues como no olvidaba las porfiadas luchas que tuvo que sostener en Africa, creía que había de hallar en Europa tanto valor é independencia como entre los Berberiscos. Pero reconociendo su error, no quiso dejar á su lugarteniente la gloria de haber conquistado por sí sólo á España, y pasó el mar á su vez, llegando á la península con un ejército de 20,000 hombres, de los cuales 8,000 Berberiscos, para continuar la conquista.

Termináronla los mahometanos con una rapidez pasmosa; pues las primeras ciudades se apresuraban á abrirles las puertas; dejando caer así en sus manos, sin combate alguno, poblaciones tan importantísimas como Córdoba, Málaga, Granada, Toledo y otras. En Toledo, capital de los cristianos, los Arabes todavía hallaron

las coronas de veinticinco reyes godos, haciendo prisionera á la viuda del rey Rodrigo, con la cual se casó algún tiempo después el hijo de Muza.

Los habitantes de España fueron tan bien tratados como los de Siria y Egipto; dejáronles los Arabes sus bienes, iglesias y leyes, incluso el derecho de ser juzgados por sus jueces naturales; y tan sólo les impusieron un tributo anual de cierta cantidad de provisiones, un dinar de oro (15 pesetas) por cada noble, y medio dinar por cada siervo; cuyas condiciones parecieron tan equitativas, que la población se sometió sin resistencia, y los Arabes tan sólo tuvieron que luchar con la aristocracia propietaria del país.

Pero la lucha no fué larga; y dos años después ni huellas quedaban de la resistencia, y